

ANTONIO FONTÁN

In memoriam

Casi a punto de conmemorar el primer aniversario de la muerte de Antonio Fontán, el 14 de enero de 2010, es ya mucho lo que se ha dicho y escrito en su memoria, en noticias y artículos de prensa, en sesiones académicas y en reuniones informales de muchos de los cientos de amigos que tuvo. La creación de la Fundación Marqués de Guadalcanal, cuyo nombre recoge uno de sus últimos títulos (2008), es otra muestra del deseo de proseguir sus actividades en la Universidad, el Periodismo y la Política, las tres facetas que se fundieron en su vida de una manera absolutamente coherente.

Fontán fue Catedrático de Filología Latina desde los veintiséis años en la Universidad de Granada y después en Pamplona, Autónoma y Complutense de Madrid, director del Instituto de Periodismo —ahora Facultad de Ciencias de la Información— de la Universidad de Navarra (1958-1962), miembro del Consejo del Conde de Barcelona, fundador de revistas de prensa a lo largo de toda su vida, desde el año 1952 (*La Actualidad Española*) hasta 1990 (*La Nueva Revista*) y editor del *Madrid* (1966), el diario que representaba la oposición democrática del centro derecha al régimen de Franco, Presidente del Senado y uno de cuatro firmantes de la actual Constitución (1978), Ministro de Administración Territorial (1979/-80), Presidente de la SEEC (1983/-86), Patrono de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos y de otras fundaciones, Presidente del Patronato de la Biblioteca Nacional, Héroe de la Libertad de Prensa (*World Press Freedom Heroes*), un reconocimiento que sólo habían logrado otras cincuenta personas de todo el mundo en el momento de su concesión (2000), doctor Honoris Causa por las universidades de Alcalá de Henares y Rey Juan Carlos (2009). Estos y otros títulos figuran en varias biografías suyas, entre ellas, en la difundida por la Wikipedia o en la realizada por su discípulo A. López Kindler¹. Ilustran bien en qué alto grado alcanzó el ideal de la

¹ *Humanitas in honorem A. Fontán*. Madrid 1992. Véase, además, el número extraordinario de *Nueva Revista* (septiembre-octubre 2003): *Universidad, periodismo y política. Homenaje a Antonio Fontán*.

polypragmasia, que era una de sus metas y uno de los consejos que daba a sus amigos.

No tuve yo la suerte de ser alumna de Antonio Fontán. Lo conocí personalmente cuando él regresaba a la vida académica después de reponerse de un infarto, ya alejado de la actividad política. Debía de ser el curso 83/84 y había que presentar una programación de las asignaturas, cosa bien distinta de un programa, pues los pedagogos precisaban, como en los Institutos de Enseñanza Media, que había que hablar de objetivos, planificación, metodología, bibliografía. En realidad, comparando con la burocracia que nos está cayendo hoy, aquello era una minucia; pero para mí, que era entonces Profesora Titular y enseñaba Latín medieval en el grupo nocturno, era un trabajo doblemente absurdo, porque me lo parecía en sí mismo y porque, además, había un profesor de mayor categoría, D. Antonio Fontán, que daba la misma asignatura en el grupo diurno, y no parecía lógico presentar dos programaciones diferentes de la misma materia. Así que me dirigí a él, le expresé el malestar que me producía tener que cumplir aquel trámite y le pedí prestada su programación para presentar yo una parecida. Fontán, que tenía el don de saber escuchar, empezó a hablar de Latín medieval durante un largo rato, y al final me propuso desarrollar aquella programación de la mejor manera posible, dándole la forma de un manual de la asignatura. Naturalmente acepté. Andando el tiempo tuve ocasión de observar otras reacciones similares de Fontán, propias de ese mismo comportamiento que llaman ahora proactivo.

Junto a ese rasgo de su modo de ser había otros que subrayaban su personalidad «atrayente», utilizando el término que López Kindler le había dedicado. Fontán era persona de un trato cordial y exquisitamente educado con todo el mundo, que no utilizaba como elemento de distanciamiento, aunque tampoco llegaba nunca a la campechanía. Los que compartimos con él reuniones y juntas conocimos su capacidad para la discusión serena y su sentido del humor, que utilizaba para transmitir optimismo, sin quejarse jamás de sus males —«toda la vida cogiendo aviones y ahora no hago más que coger ambulancias» tuvo la valentía de decir sonriendo en uno de sus últimos ingresos hospitalarios—.

Para Antonio Fontán la amabilidad o la educación extremada no era un mero formalismo, sino un valor fundamental de la vida que significaba respeto al otro, suavizaba la convivencia —por tanto, tenía carácter político— y derivaba del amor a los demás —en latín cristiano, *charitas*—. Su autodomínio, que formaba parte de su ascesis personal, su trabajo absolutamente disciplinado y, por supuesto, su talento dieron coherencia a su vida y le permitieron ser, como él quiso, un hombre polifacético al servicio del bien; o sea, un humanista.

En la Filología Clásica mantenía el amplio espectro de su personalidad. Pertenecía a la generación de los grandes maestros de la Filología Clásica y siempre fue uno de los grandes. Su forma de trabajar se caracterizaba por el rigor metodológico, una disciplina férrea y un trabajo continuado, que recomendaba a sus amigos como norma de vida: «hay que tener siempre algo que hacer, entre

manos, pendiente». A veces añadía con su característico buen humor: «yo tenía un amigo que terminó el trabajo que estaba haciendo, ordenó todos sus papeles hasta el último y, al día siguiente, murió». También tenía una idea clara de que la Filología no era solo el estudio minucioso de las minucias, no era contar patas de mosca, aunque también hubiera que hacerlo y, como solía decir, del «Coliseo» no era la cantidad de la «o» lo que más le inquietaba. Para Fontán la Filología tenía que caminar al lado de la Literatura, de la Filosofía, de la Historia sobre todo y de otros saberes que parecían más distantes. El demostró que la Filología clásica podía estar muy cerca del periodismo, del mundo de hoy y, por lo tanto, de la política.

Algunos ejemplos, creo, bastarán para ver su concepto de la Filología Clásica y su significado en ella.

La obra filológica de Fontán comienza en el año 1948 y nunca fue ni una tarea exclusiva ni abandonada. En el ya citado libro de homenaje con motivo de su jubilación académica —*Humanitas*, 1992— se recogían, sin contar Tesis doctorales y Memorias de licenciatura dirigidas, 268 publicaciones. En el nuevo homenaje que se le ofreció en *Nueva Revista* con motivo de sus 80 años había 96 publicaciones más —filológicas y no filológicas—. Faltan por recoger los últimos cinco años de su bibliografía, del 2004 al 2009, en la que a todos nos consta que Fontán siguió en la brecha, escribiendo y participando en actos de la vida académica y cultural. Faltan también por recoger sus inéditos, en los que estaba trabajando cuando le sorprendió la última enfermedad.

Si el número es llamativo, lo es más la variedad de sus trabajos y, todavía más, su regularidad: siguió ocupándose de la Filología latina en los años del *Madrid* e incluso, aunque con mucha menos intensidad, en los de sus más altas responsabilidades políticas, épocas en las que seguía dirigiendo Tesis y reseñando libros.

Algunos de sus trabajos se centran en la Lingüística latina, como su estudio de los demostrativos latinos, que muestra el modo de trabajar de Fontán, su rigor metodológico y su pragmatismo sano. Empezando por este último aspecto, realizó este trabajo coincidiendo con la época en que el *Thesaurus* estaba finalizando la «i». Pudo utilizar el ingente material del gran diccionario —incluidas algunas fichas de los fascículos aun no publicados, que consultó en Múnich— con la seguridad de manejar datos exhaustivos. A este material latino, Fontán aplicó un análisis estructuralista, muy novedoso en el año 1965, que le permitió explicar el funcionamiento del sistema de los pronombres y su evolución. Este trabajo parece que no le sirvió en las oposiciones para las que lo había destinado, pero fue alabado en España y fuera de ella, y, para los que vinimos detrás, constituyó una lectura obligada.

Otras publicaciones suyas pertenecen a la disciplina más genuina de la Filología, la Crítica Textual, como las dedicadas a los códices de Séneca en las bibliotecas de España, las anotaciones al texto de Martín de Braga, el autor medieval que predicó el cristianismo en la Galicia sueva utilizando las obras de Séneca y, de modo especial, su trabajo sobre las correcciones y enmiendas al

texto de Tito Livio, plasmadas en su edición en *Alma Mater* de los dos primeros libros del *Ab Urbe condita*.

Dedicó estudios a autores latinos, como Séneca, que permiten observar los intereses, cada vez más amplios, de Fontán. Sus primeras páginas sobre el filósofo antiguo, publicadas entre 1949 y 1954, se refieren a aspectos críticos del texto. Años después vuelve a Séneca, pero lo que le importa ahora es el personaje en su mundo, su ideología y sus tensiones internas, y dedica a estos aspectos un trabajo con un subtítulo que se ajustaba muy bien a Séneca —y al propio Fontán—: «un intelectual en la política» (1966). Se detiene en su familia, los Anneos de la Bética (1983), en los amigos de Séneca, otros hispanos que progresan en Roma en los mismos años (1988) y en sus ideas sobre la monarquía (1989).

Estudios filológicos de los textos son también las traducciones anotadas o comentadas, empezando por su primer trabajo, el discurso de Cicerón en defensa del poeta Arquías, la *Ultima Meditación* de Jerónimo Savonarola, al que siguió el de la defensa ciceroniana de Ligario, los cinco primeros libros del *Ab Urbe condita*, con el título de *La Roma legendaria*, poco literal, pero acertado para guiar al lector medio actual hacia el contenido de la obra antigua. También tradujo la *Praefatio* de Plinio el Viejo y el libro tercero, dedicado a España, además de publicar en colaboración con Jerzy Axer e I. Velázquez la correspondencia de Juan Dantisco, un polaco en la corte de Carlos V.

Fontán se ocupó también de preparar textos medievales en la Antología de Latín Medieval que tuvo el honor de firmar con él, como antes recordaba. Fue pionero en estudiar a los humanistas del Renacimiento y de otras épocas. Se interesó por la Historia como saber político y publicó estudios importantes sobre Retórica, que, en sus palabras, constituía «una de las creaciones antiguas más próximas al saber político actual». También se ocupó de los grandes escritores latinos, muchas veces hispanos y la mayor parte de las veces prosistas: Cicerón y Séneca, el historiador Livio, Marcial y Estacio, Quintiliano, el emperador Constantino, S. Agustín, Isidoro de Sevilla, Nebrija, Vives, Moro y un largo etcétera que llega al latinista Raimundo de Miguel, autor del célebre diccionario latino español. Muchos de estos autores tienen como denominador común el haber estado comprometidos en las luchas políticas e ideológicas de su momento. Siglos más tarde Antonio Fontán, otro intelectual metido en política como ellos, podía comprenderlos mejor en su contexto histórico y así podía subrayar la importancia de la ideología en la vida y en la obra de Cicerón, o la capacidad de Isidoro de Sevilla, «el primero en llamar a España patria», para concebir la idea de Estado y vislumbrar una constitución política primitiva.

La labor periodística y la vocación política de Antonio Fontán tuvieron una repercusión positiva en su obra filológica y a la inversa. Para los latinistas, Fontán es autor de trabajos de filología pura y dura escritos en la prosa ágil del periodismo, como a él le gustaba reconocer. En el mundo del periodismo, Fontán hizo sin ninguna duda muchas cosas de importancia. Una de ellas —la anotaba Martínez Albertos en *Nueva Revista* (89,2003)— fue plantear por primera vez

su teoría de los géneros periodísticos, no desde una perspectiva sociológica, como solía hacerse, sino como una cuestión básicamente filológica.

Los objetivos de su investigación fueron leer a los autores latinos en textos fiables y descubrir el significado histórico de sus obras, qué puertas abría entonces, y mucho después, la Retórica, cuál fue el papel de Hispania en la cultura antigua y en la posterior, cómo en los autores antiguos se observa la conquista de las libertades y la fusión de *Letras y Poder*, como se titulaba uno de sus últimos libros. En suma, el latín para Fontán no fue una faceta añadida e independiente del resto de sus preocupaciones, sino totalmente coherente con su vida, y guiada por la misma ideología y los mismos principios. El llevó a la práctica lo que dejó escrito: «Hay que estudiar a los clásicos para aprender de nuestra propia experiencia y para observar cómo se desarrolló la libertad en Occidente».

Ana MOURE CASAS